

Escribir sin papel

Poemas



EL PUEBLO EN VENDIMIA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL PUEBLO EN LA VENDIMIA

¿Qué sabe quien no ha visto una vendimia?
¿Qué va a saber, si no ha olido la tierra
rezumar los racimos con su alquimia
y entablar con el viento dura guerra
por si el olor es uva y sabe verde
o si amanece añil y lo destierra?
La mañana –en su gran bostezo– pierde
las ganas de ser fría y más se entrega
al sol que poco a poco la remuerde
y la hace caminar sin brío, ciega,
necesitando voluntad humana
para avanzar mientras la tarde llega.
¡Cuántas manos sujetan su desgana
a la vez que sujetan la tijera
y recortan la cepa y la hacen vana!
Manos de pan y el corazón afuera
componen un poema bien granado
con rimas de metal y de madera.
Juntan la piel y el pámpano tostado
amontonan racimos y esperanza,
el anhelo y el fruto cosechado:
en su ilusión, la sabia mezclanza
de corazón humano y verde aliento
es el final de toda la labranza;
se reconoce básico alimento
que aroma el primer mosto, destilado
por el peso del verde cargamento.
Y al ocaso, el piloto ensimismado
guía su breve barca coronada
y sueña el mundo y mira lo soñado,
y la tripulación va fatigada
pero alegre, perdida en el ensueño
de su felicidad enamorada.
Si uno no ha visto su llegar risueño
adentrarse en el pueblo atardecido
y buscar recompensas a su empeño,
¿qué puede conocer? ¿Qué, si no ha olido

al pasar los remolques, el amargo
y dulce aroma de lo que han traído?
¿O qué ciencia tendrá si ignora el largo
septiembre de vendimia, que es la llave
del otoño en la tierra?

Y sin embargo...

Y sin embargo, sabe.

¿Qué sabe quien no ha visto el campo helado,
la tierra con escarcha endurecida?

Y el que lo ha visto pero no ha pisado
destrozando al dejar su huella hundida
la tierra de papel, ¿no ignora todo?

La tierra es de papel. Tierra es la vida.

La tierra es la memoria: en un recodo
guarda el alma de un hombre que ha pasado
sembrando en ella el corazón de lodo;
en otro, guarda en beso campesino...

y la tierra se nutre de pecado,

y la tierra se nutre de camino,

de lo que no posees se alimenta

para que tu deseo esté en su vino.

Pasa después la tarde y pasa lenta

hasta llevarla incólume al verano,

hasta sentir que julio la calienta.

Coge entonces la tierra con tu mano,

no es otra la verdad: verdad es tierra.

Aquí no existe el juramento vano.

A cada tronco la verdad se aferra;

ante esta desnudez nadie diría

una palabra en falso; el aire encierra

cuando mira esta paz (la lejanía

del límite) la esencia de lo cierto,

alma de la verdad, verdad del día.

Esta llanura es un camino abierto,

–Manzanares, Criptana, Tomelloso...–

–caminar, caminar, paso despierto,

–Villarrobledo, Alcázar, El Toboso...–

Y descubrir que aquí no hay más colores

que un único color; que el primoroso

mezclar los ricos tonos que atesores,

aquí no es un trabajo del espacio

sino labor del tiempo: los primores
verdean los secanos y despacio
el otoño los vuelve amarillentos
para después –despacio, muy despacio–
convertirse en bandeja de sarmientos,
gris perezoso, triste con la helada,
íntima reflexión, mar de los vientos.
Si no ha visto la tierra vendimiada
caminar otoñal a su letargo,
¿quién puede asegurar conocer nada?
Si no ha sentido el soplo de aire largo
cubrir la tierra, ¿qué dice que sabe?
¿Qué más puede saber?

Y sin embargo...

Y sin embargo, sabe.

Qué sabe, en fin, aquel que no ha escuchado
en tardes de septiembre, a la caída
del sol, el canto siempre atribulado
de vencejos tardíos? Son la herida
de una tarde cansada y luminosa,
sin sol, inerme ya, al dolor rendida.
La despiertan los pájaros. Reposa.
Vuelven las aves a chillar su vuelo.
Y en lento atardecer, la mariposa
de un sol anaranjado cubre el cielo.
Cuando todo parece detenido
y los pájaros callan con recelo,
entra al pueblo el remolque. Con su ruido,
el pueblo entero olvida lo que pasa,
concentra su atención en ese olvido;
y se alegran la tarde, el bar, la casa,
y se dispara el canto del vencejo,
la vida entera su razón repasa,
y de pronto se mira en el espejo
y en el azogue se descubre viva,
renovado granar de trigo viejo.
Cuando la luna mira en su deriva
todo el pueblo que al sueño se ha entregado,
se oye una voz que empuja cielo arriba;
en la taberna, un grito maniatado,
una voz desterrada, un sentimiento

que espuma olas de un piélago ignorado
y da sazón de olivo al blando viento.
De raíces oscuras fabricada,
con su llanto por todo fundamento.
Si nunca oyó esa voz atormentada
entonar sin temblor la siguiyia,
¿qué puede conocer nadie? Si nada
ha escuchado jamás de la semilla
del sueño en la voz de una soleá,
petrificando el tiempo como arcilla,
nada puede saber. Vana será
toda ciencia si nunca lo ha escuchado,
si ignora esto, nada más sabrá.
Nace ese canto de lo no olvidado,
lo que canta esa voz es la desgracia
el lamento del hombre fatigado.
Está en la voz la sed que nada sacia,
el verde viento sur de cada olivo,
sabia mezcla de amor y contumacia.
Y el cante sigue su camino esquivo
para habitar el sueño almibarado
de los que duermen. Cante redivivo,
cante que el campesino fatigado
entona con la flor de su garganta
sosteniendo en las manos lo cantado.
El tiempo gira y grita y se levanta
y se retuerce y gime y sacrifica
y anochece y se hiela y se quebranta.
Quien no ha aprendido nunca de la rica
alcancía de aquel quejido amargo
nada puede aprender; nada se explica
si no ha visto esta tierra ni este largo
nacimiento del vino. Nada sabe.
Nada puede saber.

Y sin embargo...

Y sin embargo, sabe.

Y sin embargo, sabe;
y sin embargo, sueña:
y sabe, sin embargo,
-no importa donde viva

o su amor quién lo tenga—
cómo brota la viña,
si es ácida este año,
si dulce la cosecha;
y sabe, sin embargo,
cómo son estos pueblos,
su geografía extensa,
sus tardes infinitas
su horizonte infinito
de limitadas piedras.
No lee lo que sabe,
ni de viejo maestro
ha sabido esta ciencia,
sino del vaso amigo
que al borde de su boca
pone un beso de cepa
y deja que su vino,
sabio que nada ignora,
se acomode a su lengua.

Y allá lejos, arriba,
en el ático urbano
miran la primavera,
recordando (confusos
porque nunca la han visto)
la extensión de la tierra.
Y la joven que busca
romper el largo invierno
y su triste monserga,
y agarrada a su anhelo
se abandona a su sueño
y en el amor se acuesta,
deja pasar la tarde
con su amigo y su vino
sentada en la taberna,
y comprende que siempre
la historia ha dibujado
igual que ahora la fiesta.
Y el marino que luego
de abandonar su barca
al fin de la faena,
busca en su alegre casa
el beso de su amiga

sentados a la mesa,
sabe al probar su vaso
la extensión de las viñas,
el calor de la siesta.

¿Acaso tiene alma?

Habla desde el silencio;
si lo bebes despacio
-rumor de la cosecha-
escucharás que dice
qué manos lo cortaron
con amor de su cepa;
que dice si fue tibia
su demorada estancia
guardado en la bodega;
que dice las arrugas
del viñero manchego
al contemplar la tierra;
que dice la alegría
con que anima septiembre
andando las callejas;
y por eso, cualquiera que lo pruebe,
aunque no haya pisado esta llanura,
aunque nunca haya visto la cosecha,
podrá saberlo sin haberlo visto,
tendrá en su lengua el gusto de la vida
y a su trasluz tendrá toda su ciencia.